6209 B

La

Ley de represalias

Bermejo

21

LA LEY DE REPRESALIAS.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Representado con aplauso en el Teatro de la Cruz.

N.º 161.

MADRID—1851.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 14.

AL SR. D. EUGENIO LUCAS,

Pintor de cámara de S. M.

La amistad que hace tiempo nos une, querido Lucas, me impone el deber de consignar en estas pocas líneas una débil muestra del singular aprecio que consagra gustosa y espontáneamente á tu genio y á tu talento, tu verdadero amigo

ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/laleyderepresali00berm

Mas amo á mi familia que á mí mismo; amo mas á mi patria que á mi familia; pero todavía amo mas al género humano que á mi patria.

Fenelon.

PERSONAS.	ACTORES.
SALCEDO.	Señor Lumbreras.
ROSA.	Señora Baldó.
RAMEGON.	Señor Corona.
FERNANDO.	Señor Pastrana.
PADRE ANDRES.	Señor Vico.
PETRONILA.	Señora Corona.
PARLAMENTARIO.	Señor Alverá.
CANTINERA.	Señora Samaniego.
GEFE.	Señor Guerrero.
CAPITAN.	Señor Aguirre.
OFICIAL 1.º.	Señor Arguelles.
OFICIAL 2.º.	Señor Sapera.

Soldados, Pueblo.

La accion pasa en un pueblo de Aragon; época del reinado de Felipe V.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de paso medianamente adornada con muebles de la época á que se refiere la accion del drama. Puerta en el foro que conduce á la calle, dos á la derecha y una á la izquierda perteneciente á la habitacion de Ramegon. Una ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ROSA. ANDRES. PETRONILA. *La primera haciendo labor,* ANDRES *sentado á su lado, y* PETRONILA *sentada á la derecha del padre* ANDRES.

ANDRES. Resignacion, hija mia:
te la recomienda el cielo;
con llorar nada se alcanza,
ni al mal se pone remedio.

ROSA. Lo conozco, padre mio,
y sin embargo, no puedo
alejar de mi memoria
tan fatídico recuerdo.
Jamás se aparta de mí
su imágen; oigo su acento,
sus fraternales caricias

á cada instante contemplo,
y lloro su aciaga suerte,
y temo lo venidero;
y que acompañe al hermano
el padre, cuyos desvelos
tan solamente se cifran
en complacerme.

ANDRES. Comprendo
tu temor; no es infundado,
que aun no ha cesado el anhelo
de matarnos mútuamente
con terrorífico empeño.
Se encarnizan los partidos,
y cada vez mas soberbios,
sus respectivos emblemas
defienden á sangre y fuego,
sin que baste á persuadirles
la incesante voz del clero,
que solo quiere la paz
en cuanto cobija el cielo.
Con todo, no desesperes,
que no está lejos el tiempo
en que esta lucha fatal
tenga al fin cumplido término,
y esa ley de represalias,
que acaso dictó el infierno
acabe ya para siempre,
y volvamos al sendero
de la quietud aspirada
por este infelice pueblo.

PETRON. Lo estás oyendo, Rosita?
Lo que vos le estais diciendo,
padre Andrés, se lo repito
yo, siempre que viene á cuento:
la digo que es necesario
resignarse, y la aconsejo
que se distraiga un poquito,
ora saliendo á paseo,
ora yendo á la capilla
los dias de jubileo;
mas ella, siempre lo mismo,
siempre llorando y gimiendo.
No come, trabaja mucho,
habla sola, y yo padezco,
la verdad, y algunas veces,

viéndola asi, me destemplo
y la riño sin piedad.

ANDRES. La reñagais? Muy mal hecho.
Una dulce persuasion
hace á mi ver mas efecto.

ROSA. Padre Andres, sus reprensiones
no exasperan; sus consejos
son afables, persuasivos.
Petronila es mi consuelo
en mis horas de amargura
y de eterno sufrimiento.

PETRON. La escuchais? Me quiere tanto!
Agradece los desvelos
que he consagrado en su infancia,
á su horfandad. Dame un beso.
(*Se besan.*)
Ves? Se me saltan las lágrimas.
Sí, Rosita, me conmuevo;
sola tú me haces llorar
si sufres, y el reverendo
fray Martin, cuando predica
la santa pasion.

ANDRES. Lo creo.

ESCENA II.

Dichos. RAMEGON.

RAMEG. Felices noches.

ROSA. (Dios mio!)

ANDRES. Bien venido, caballero
Ramegon. Cuándo es la marcha?

RAMEG. Ya no marcho; permanezco;
se ha variado de plan.

ANDRES. Pues cómo?

RAMEG. El destacamento
no se releva tan pronto,
y por Cristo que me alegro.

ANDRES. Temeis la guerra?

RAMEG. Eso no;
pero me gusta este pueblo...

y la agradable compaña
de Rosita.

ROSA. Os agradezco
el favor.

RAMEG. Lo mereceis:
no es lisonja, ni requiebro.
Ya conoceis mi carácter;
siempre digo lo que siento.

PETRON. Supísteis del capitan?

ANDRES. No sabeis algo de nuevo?

RAMEG. Sí; noticias muy fatales.
La suerte se va torciendo,
pues las tropas de Felipe
ganan ya mucho terreno.
Aragon ha sucumbido,
Cataluña poco menos,
los austriacos se retiran,
y tan solo algunos restos
de españoles sublevados,
hoy sostienen los derechos
del archiduque. No falla;
abrigo el presentimiento
de que termina muy pronto
la lucha que sostenemos.
No es de esperar otra cosa.

ROSA. Dios lo quiera!

ANDRES. El santo cielo
nos conceda esa ventura.
Sí, capitan, harto tiempo
lucharon los españoles
como tigres carniceros.
Reine la paz otra vez
en este infelice suelo;
mande Cárlos ó Felipe,
la quietud es lo que quiero.

PETRON. Y del amo, qué sabeis?

RAMEG. Esta noche entra en el pueblo.

ROSA. Viene esta noche?

RAMEG. Sin duda,
pues las órdenes que tengo
no conducen á otra cosa.

PETRON. Decid, lo sabeis de cierto?

RAMEG. Sí, señora.

PETRON. Oh! qué gozo!
Cómo se ensancha mi pecho!

ANDRES. Ganas tengo de abrazarle.
RAMEG. Pues, padre, vuestros deseos
se realizarán muy pronto:
dentro de algunos momentos
os dirán los atambores
que el capitan Juan Salcedo,
que el cabecilla español,
mas valiente y mas intrépido
viene á visitar la tierra,
bajo cuyo puro cielo
nació, para ser un dia
buen general de un ejército.
ANDRES. (*Se levanta.*)
Es ya tarde, y mi presencia
hace falta en el convento.
Le dareis la enhorabuena
de mi parte al buen Salcedo,
que mañana vendré á verle
sin falta. Guárdeos el cielo.
(*Rosa y Petronila le besan la mano.*)
ROSA. Adios, padre.
PETRON. Buenas noches.
ANDRES. Os saludo, caballero
Ramegon.
RAMEG. Hasta mañana.
(*Le sigue hasta la puerta.*)
ROSA. (*A Petronila.*)
Tengo que hablarte en secreto.
PETRON. Cuando gustes, hija mia.
ROSA. En este instante no puedo.
Cuando parta el capitan.
PETRON. Entonces, volveré luego.

ESCENA III.

ROSA. RAMEGON. *Rosa continúa haciendo labor.*

RAMEG. No es conveniente, en verdad,
aplicacion tan penosa.
No sabeis que os es dañosa
tanta laboriosidad?

ROSA. Esta labor me entretiene
y con ella el tiempo mato.
RAMEG. Bueno es consagrar un rato
al descanso.
ROSA. No conviene
tampoco á mi situacion ;
y la razon es muy clara,
pues cuando el trabajo para
anda la imaginacion.
RAMEG. Por qué os acordais de nada
que os entristezca? No veis
que de ese modo os haceis
doblemente desgraciada?
No sois de mi parecer?
Pues no lloreis tanto, no;
porque tambien sufro yo
cuando os miro padecer.
ROSA. De veras?
RAMEG. (*Se sienta.*)
Qué, lo dudais?
Si padeceis, yo padezco.
ROSA. Capitan, yo os agradezco
el interés que os tomais;
mas siento vuestros azares,
y que ejerza mi pasion
la enojosa trasmision
de mis agudos pesares.
Es una cosa terrible
que mi dolor os conmueva.
RAMEG. Y eso, señora, qué prueba?
ROSA. Prueba... que sois muy sensible.
RAMEG. Lo decís con ironía?
ROSA. No, capitan, yo no miento;
siempre digo lo que siento;
lo juro por vida mia,
RAMEG. Porque lo decís, lo creo;
pero está en contradiccion
ese duro corazon
tan rebelde á mi deseo.
Pues nunca mi suerte aciaga,
á pesar de mi dolor,
ve una sonrisa de amor
que mi pecho satisfaga.
Con grave y adusta faz
siempre os encuentro inclemente

y escuchando indiferente
mi súplica pertinaz.
Confesad sin repugnancia,
si no merece en rigor
un premio consolador
esta amorosa constancia.

ROSA. No insistais en pretender
lo que anhela vuestro afan;
dispensadme, capitan...
no os puedo corresponder.
Y sabed, por conclusion,
que mi pecho enamorado
ha tiempo que ha decretado
su amorosa decision.
(*Ramegon se levanta.*)
Qué teneis?

RAMEG. Estoy celoso!

ROSA. Mucho estraño que os sorprenda...

RAMEG. Conque existe en la contienda
un rival mas venturoso?
Me habeis dicho lo bastante
para encender mi furor,
porque en materia de amor
soy muy poco tolerante.
Conozco que hago muy mal;
mas he de andar dilijente
hasta verme frente á frente
con tan dichoso rival.
Yo le seguiré la pista
ansioso y desesperado!...
Presumid el resultado
que tendrá nuestra entrevista.

ROSA. (*Levantándose.*)
Si vuestra loca pasion
os conduce á tal intento,
no estrañareis si presiento
que teneis mal corazon.

RAMEG. Rosa, estoy apasionado;
mi conducta no os asombre:
de todo es capaz un hombre
cuando se ve despreciado.

ROSA. Obrad con mas reflexion.
Decidme, el hombre... qué fuera,
si á su antojo poseyera
cuanto anhela su ambicion?

Cese vuestro loco empeño;
que no debeis ignorar
que es preciso respetar
la prenda que tiene dueño.
Por último, Ramegon,
qué derechos poseeis
para que así violenteis
mi espontánea inclinacion?
Conozco que estais demente
puesto que obrais como tal,
juzgándome criminal,
porque os miro indiferente.

RAMEG. Señora, tendreis razon;
mas nada me habeis probado.
Para el hombre apasionado
no sirve la persuasion.
De mi proyecto no cedo;
reflexionad lo que haceis.
Me amais?

ROSA. Yo?

RAMEG. Qué respondeis?
Por última vez.

ROSA. No puedo.

RAMEG. Está bien: adios, señora:
nada os volveré á decir:
mas procuraré estinguir
el furor que me devora.

ESCENA IV.

ROSA, *luego* PETRONILA. *Rosa se sienta abatida despues que Ramegon ha desaparecido.*

ROSA. Qué desgraciada he nacido!
Nuevo afan, nuevas desdichas
presiente mi corazon!

PETRON. (*Sale.*)
Por qué lloras, hija mia?

ROSA. Ven á mis brazos!
(*Se abrazan.*)

PETRON. Qué tienes?

ROSA. No puedo mas, Petronila!

PETRON. Pero dí, qué te sucede?

Alguna infausta noticia
te han dado quizá?

ROSA. No es eso.

PETRON. Pues sepamos.

ROSA. Oye, amiga.
El capitan Ramegon,
ya te dije que insistia
en solicitar mi mano,
con instancia repetida;
y al escuchar mi respuesta
enérgica y decisiva,
ha prometido vengarse.

PETRON. Qué puede hacer?

ROSA. Petronila,
mucho puede hacer.

PETRON. No temas.

ROSA. Ignoras que se encamina
á este pueblo don Fernando?

PETRON. Qué dices? Oh! qué desdicha!

ROSA. Partidario de Felipe,
quiere mi suerte enemiga
que ande errante y perseguido,
por las cercanas campiñas
de este pueblo.

PETRON. Qué desgracia!

ROSA. En una atenta misiva
me dice su posicion,
y de mi amor solicita
le ampare en mi propia casa,
donde pronto un cabecilla
que le aborrece de muerte
penetrará.

PETRON. No lo digas.
Tu padre es muy generoso
con el contrario; auxilia
al militar que se rinde.

ROSA. Mas no esperes que se estinga
su ódio, contra el autor
que ocasiona su desdicha.

PETRON. No te comprendo.

ROSA. Fernando
fué el gefe de la partida
que á mi hermano aprisionó,
y él le entregó á la justicia
militar, sin conocerle...

PETRON. Dios mio!
ROSA. (*Saca un papel.*) En esta misiva
me revela su infortunio,
y en ella misma consigna
su perdon, mi pobre hermano
antes de morir.
PETRON. Me admira...
ROSA. Óyeme cómo se espresa.
PETRON. Atenta escucho, hija mia.
ROSA. (*Lee.*) «Queridos padre y hermana: media hora antes de marchar al suplicio, se me ha presentado abatido y lloroso el valiente coronel don Fernando Montero; y enseñándome la órden fatal de su general en gefe, me ha hecho ver que una bárbara ley de represalias le obliga á dar cumplimiento á tan funesto deber. En tan angustiosos momentos, me ha rogado sea yo mismo el que declare su inocencia. Él derrotó mi partida; él me hizo prisionero sin saber mi nombre; me proporcionó los medios de la fuga, luego que supo quien yo era, á lo cual se resistió mi pundonor militar. Es un jóven digno de vuestro aprecio, y aun de vuestro cariño; y por consecuencia pido solemnemente á las puertas del sepulcro que le ameis, si no quereis acibarar los últimos instantes de quien se despide de vosotros para siempre.»
(*Habla.*) Cuanta abnegacion!
PETRON. (*Conmovida.*) Si tal;
me ha dejado conmovida
la lectura del papel.
ROSA. Con qué valor se resigna
á sufrir su dura suerte!
PETRON. Pobre Antonio!—Dime, niña,
cuándo llega don Fernando?
ROSA. Llegará está noche misma.
El ignora que mi padre
regresa con su partida;
ignora que hay un rival
muy temible que le espia,
y que saciará su encono
sobre su infelice víctima.
PETRON. Estaré con el cuidado,
porque si alguno le atisba...
ROSA. Él me previene en su carta,
que desde la opuesta orilla
hará la misma señal

que en otro tiempo me hacia
para anunciar su llegada.

PETRON. Posicion comprometida
es la de tu amante.

ROSA. Sí.
Mi corazon se fatiga
preveyendo grandes males.

PETRON. Bueno, Rosa, no te aflijas.
y veremos de esconderle
donde nadie le aperciba.

ROSA. En casa no podrá ser.

PETRON. Ya se encontrará guarida
donde ponerle á cubierto,
y á donde no le persigan.
No ha de haber en el lugar
algun alma compasiva,
que mirando su desgracia
le tienda su mano amiga
para ampararle?

ROSA. Lo dudo;
temen las órdenes rijidas
que imponen los sublevados
a todo el que patrocina
á los soldados del rey...
(*Se oyen dos palmadas.*)
Oyes?

PETRON. Qué?

ROSA. No lo adivinas?
Su antigua señal es esa.

PETRON. Dejaremos que repita
para enterarnos si es él.

ROSA. (*Se asoman á la ventana.*)
Allí un bulto se divisa.
(*Repiten las palmadas.*)

ROSA. Él es, Petronila, él es.

PETRON. Pues bajemos á la orilla,
y lleguemos hasta el puente
á fin de que nos distinga.

ROSA. Sí, bajemos... (*Se detiene.*) Tengo miedo...

PETRON. Pero, qué te atemoriza?

ROSA. Nada; bajemos.

PETRON. No temas.

ROSA. A todo estoy decidida.
(*Váuse, y sale Ramegon de su cuarto con cierta precaucion recelosa.*)

ESCENA V.

RAMEGON.

Ya me premia la constancia
que en este lance he jurado,
pues que miro el resultado
de mi estrema vigilancia.
Intranquilo y receloso
imposible es reposar...
Oh! no puede sosegar
el hombre que está celoso.
—Adversa es su posicion
para saciar mis rencores:
es mi enemigo en amores,
y enemigo en la opinion.
Rosa le prefiere... bien.
Procuremos apresarle.
Juro á Dios que ha de pesarle
su tiránico desden!
(*Se asoma á la ventana con cautela.*)
Imposible es que prevean
mi recóndita intencion...
Ocúltate, Ramegon,
no conviene que te vean.
(*Se aparta de la ventana.*)
—Errante y estraviado
en la enemiga campaña...
me parece que mi saña
ya le tiene asegurado.
Pronto comienza á gozar,
aun despues de haber sufrido,
un corazon resentido,
cuando se puede vengar.
Hoy me aconseja el deber
gran precaucion... es preciso.
Partamos á dar aviso
á los que le han de prender.
(*Entra por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

ROSA. FERNANDO. PETRONILA.

ROSA. Imposible, Fernando; en vano arguyes,
pues mi razon se opone á tu designio.
FERNAN. Será capaz tu padre á la inocencia
negar sañoso el protector asilo?
Caballero nací, ninguna mancha
mi preclaro blason ha oscurecido,
y á la voz del honor y la justicia
siempre me vieron fiel, bueno y sumiso.
ROSA. No eres padre, Fernando; desconoces
la ley que impone tan sagrado instinto;
nunca podrá mi padre en su amargura
acceder á tu ruego compasivo.
En tí verá el motor de su desgracia;
antes que honrado te verá asesino,
y pedirá tu sangre en holocausto
de aquel que nunca condenó al olvido.
No es tan solo mi padre tu contrario,
pues que existen perversos enemigos
que acechan tus pisadas, y desean
de tu sangre beber.
(*Petronila dá señales de impaciencia.*)
PETRON. Lo que es preciso,
es ponerle á cubierto cuanto antes
y que parta á cualquiera domicilio
donde nadie sospeche que se oculta.
ROSA. Dices bien, Petronila.
FERNAN. Pues sumiso
espera vuestras órdenes Fernando.
Buscad para el amante fugitivo
una oculta guarida, donde pueda
el término esperar de su destino:
donde pueda mirarte muchas veces,
donde yo no lamente tu desvío,
y donde pueda mi amoroso anhelo

contemplar tu hermosura y tus hechizos.

ROSA. Imposible será, si permanecen
en el pueblo tus muchos enemigos.
—El convento de padres Trinitarios
será, Fernando, tu mejor asilo.
Ya su prior conoce tu desgracia;
le hablé de nuestro amor, de mi designio,
y tenderte su mano protectora
no hace mucho que aquí me ha prometido.

PETRON. Dices bien... es verdad... en el convento
á salvo se pondrá del enemigo.
—El prior es un santo; sí, no hay duda;
tiene fama de ser caritativo;
él os pondrá á cubierto de la saña
que contra vos dirigen los partidos.

FERNAN. Marcharé sin demora.

PETRON. Sí, conviene.

FERNAN. Doy mi nombre?

ROSA. No, no: toma este libro,
(*Se lo dá.*)
que es la señal por ambos convenida
á fin de conocer al protegido.
(*Oyese una marcha de música militar y vivas.*)
Parte, parte, Fernando! Santos cielos!

FERNAN. Esa música...

ROSA. Son tus enemigos!
Es mi padre que llega con los suyos,
y es preciso que salga á recibirlo.

PETRON. (*Mostrándole una puerta de la derecha.*)
Por aquí, don Fernando. Bajad pronto;
de nuestra casa conoceis los sitios,
y al fin de la escalera está la puerta
que conduce á la huerta, y el postigo
que de frente vereis os lleva al campo
y despues al convento.

FERNAN. (*A Rosa.*)
Dueño mio,
el cielo me proteja en la desgracia.

PETRON. Partid.

ROSA. Adios...

FERNAN. Adios, dueño querido.

ESCENA VII.

ROSA. PETRONILA.

ROSA. Salgamos sin dilacion.
PETRON. Cuando gustes.
ROSA. Qué pesar!
Quiera el cielo remediar
nuestra infeliz situacion.
(*Vanse precipitadas.*)

ESCENA VIII.

FERNANDO, *luego* RAMEGON.

FERNAN. La puerta he visto cerrada;
y escuché cierto ruido...
Vive Dios, que he presumido
que existe aqui una emboscada.
Solo encuentro está salida...
Animo y resolucion!
(*Va á salir por la puerta del foro, y aparece en ella Ramegon apuntando con una pistola.*)
RAMEG. Atrás, amigo.
FERNAN. Traicion!
RAMEG. Vuestra causa está perdida.
(*Toca un silbato y salen varios insurgentes que se apoderan de Fernando con violencia.*)
FERNAN. Socorro!
RAMEG. (*Amenazando.*)
No hay que chistar.

FERNAN. Cual villanos me prendeis.
RAMEG. Camaradas, ya sabeis
donde le habeis de encerrar.
(*Se lo llevan.*)

ESCENA IX.

RAMEGON.

Amo al fin sin esperanza,
y para menos sufrir,
Rosa, comienzo á sentir
el placer de la venganza!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon principal de la casa de Salcedo, adornado con lujo, y armonizando con la época á que se refiere el drama. Mesa con recado de escribir, sillones, etc. Puerta en el foro; una á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

SALCEDO. RAMEGON.

SALCED. Cuando la suerte declina
y se nos muestra contraria,
entonces el militar
desplega mas su constancia.
Qué importa que el austriaco
abandone la campaña,
si hay españoles valientes
que defenderán su causa
con aquella decision
que nos inspira la patria?
No hay que cejar, caballero,
que el deber así lo manda;
ni trasmitais al soldado

esas noticias infaustas,
que tanto le desaniman
en situaciones tan árduas.

RAMEG. El enemigo se acerca,
señor, á marchas forzadas,
y segun tengo entendido
quiere sitiar esta plaza.
Nuestros recursos son débiles;
de guerra el pueblo se cansa,
y negando su socorro
por Felipe se declara.
Quereis que con tales nuevas
que en público se propalan,
pueda el soldado con fé
decidirse por la causa
del archiduque?

SALCED. Qué escucho?
Luego tambien se amilana
el capitan Ramegon?

RAMEG. Nada, señor, me acobarda;
cual vos estoy decidido
á lidiar en la campaña
hasta el último momento,
sabiendo que es temeraria
la loca resolucion
de aquellos que la proclaman;
pero conviene saber
que la suerte se declara
hace tiempo por Felipe,
y que Inglaterra y el Austria,
del triunfo del español
ha perdido la esperanza.

SALCED. Si comienza el desaliento
en situacion tan aciaga,
el valor importa poco
si la conviccion nos falta.
Por lo tanto, Ramegon,
sustento desconfianzas
hácia vos.

RAMEG. Qué me decis?

SALCED. Digo lo que siente el alma.

RAMEG. Mal sospechais.

SALCED. Dios lo quiera.

RAMEG. Mi corazon y mi espada
son del archiduque!

SALCED. (*Dándole la mano.*)
Bien!
Bien, caballero! me basta
ese acento de energía
que dais á vuestras palabras,
para veros con lealtad
en el campo de batalla.

RAMEG. Sospechásteis cobardía
en aquel, que solo aguarda
una ocasion favorable
de conquistar con las armas
un blason para obtener
la recompensa mas alta.

SALCED. No penseis que os olvidé,
que hablé de vuestra arrogancia
al general, y ofrecióme
premiaros pronto.

RAMEG. La gracia
que ambiciono, solo vos
la concede.

SALCED. Yo? Me pasma
lo que decis; no comprendo...
Esplicaos, si no os agravia.

RAMEG. Os hablaré con franqueza;
no quiero ocultaros nada.
Mi residencia en el pueblo
ha sido bastante larga
para conocer á fondo
una muger que idolatra
mi corazon.

SALCED. Ya comprendo;
mas proseguid.

RAMEG. No os engaña
la presuncion; vuestra hija
es aquella á quien consagra
mi amor todo su cariño;
aspiro á su mano blanca;
y si tengo á vuestros ojos
las prendas que ella reclama,
yo os la pido por esposa
solemnemente.

SALCED. No basta
mi aprobacion, caballero.
Ya conocereis que falta
que ella os ame. La dijísteis

antes que á mí vuestras ansias?

RAMEG. (*Indeciso.*)
Ya le confesé mi amor.

SALCED. Revelan vuestras palabras
que Rosa os dijo...

RAMEG. (*Interrumpiéndole.*)
Sí; cierto:
respondió que no me amaba.

SALCED. Y con ese precedente,
quereis que yo la persuada
á contraer un enlace
que mira con repugnancia?
Eso no; su inclinacion
tiene que ser espontánea,
y nunca la propondré
un amor que ella rechaza.

RAMEG. Bien decís; harto comprendo
lo estremo de mi desgracia.
—Ya entregó su corazon.

SALCED. Está Rosa enamorada?

RAMEG. Hace tiempo que un mancebo
se anticipó en la demanda,
y fué mas feliz que yo.

SALCED. Pues nunca me dijo nada.
Mas ella viene.

RAMEG. Me ausento:
su presencia me acobarda.

SALCED. Dentro de algunos instantes
recorreremos la plaza,
á fin de que meditemos
si conviene atrincherarla.

RAMEG. Hasta despues.

SALCED. Dios os guarde.

RAMEG. (Luego hablaré con la ingrata.)

ESCENA II.

SALCEDO. ROSA.

ROSA. (Temblando estoy.)

SALCED. Rosa mia!

ROSA. Os interrumpo quizás?

SALCED. Tú interrumpirme? Jamás!

Mi eterna melancolía
debilita la pujanza
de su recuerdo inhumano,
al ver en tí de tu hermano
la completa semejanza.
Sí, Rosa; no hay una vez
que al mirar estos salones,
no contemple las acciones
de su inocente niñez.
No hay bosque ni selva humbría
donde mi fatal estrella,
no me presente una huella
de su arrojo y valentía.
Y á este anciano guerrillero
le vieron todos llorar,
cuando contempló el lugar
donde cayó prisionero.
Despues, mi furor estalla;
ciego en la lid me presento,
y este mismo sentimiento
me hizo ganar la batalla;
y con mi triunfo engreido
recorro el campo veloz,
y gritando en alta voz:
«no hay cuartel para el vencido!»
Mi pecho se complacia
de sangre siempre sediento,
al ver en el campamento
tan atroz carnicería.
Ni les concedí el perdon
que ansiosos me reclamaron;
porque ellos despedazaron
primero mi corazon.

ROSA. (*Le abraza*)
Padre! Padre!

SALCED. Qué te aflije?

ROSA. Oh! Me aterra vuestro acento!

SALCED. Sí; me ciega el sentimiento.
Disimula cuanto dije.

ROSA. Pienso que vuestra fiereza
se estenderá al desgraciado
que le prendió

SALCED. Ya he mandado
que pregonen su cabeza.

ROSA. Ah!!

SALCED. Te interesa su suerte?
Le tenderías la mano?
Quien sacrificó á tu hermano,
debe recibir la muerte.
Mi conducta no desdice
la ley que han establecido.
Felipe Quinto ha querido
que la guerra se encarnice.
Desde que vino de Italia,
se presentó rencoroso...
Bien puede estar orgulloso
con su ley de represalia!
Si el actual poseedor
del trono de Carlos Quinto
sustenta tan fiero instinto,
qué ha de hacer el pretensor?
Perdona si no me enfreno;
que esa ley aborrecida...
¡ay! reverdece la herida
fatal que abriga mi seno.

ROSA. Siempre me encuentro aterrada,
hallo mi pecho angustiado.
Cuánto llanto me ha costado
esta guerra dilatada!
Los que asi el combate adoran,
y el grito de paz no escuchan...
no son hombres, cuando luchan...
son tigres que se devoran.
Son la venganza, el rencor,
el furor encarnizado,
las máximas que ha legado
el supremo Redentor?...
Consigna ese Dios tan bueno
que tan bravos militares,
hoy sucumban á millares
por un palmo de terreno?

SALCED. Modera tu afan, querida;
no pretendas angustiarte,
porque no quiero mirarte
siempre triste y abatida.
Sé que motivos he dado
para aumentar tus dolores;
mas, perdona los errores
de este padre apasionado.

ROSA. Al mirar vuestra dureza

es forzoso que me queje...

SALCED. Bien, procura que se aleje
esa profunda tristeza.
Enjuga el llanto mi vida,
si me quieres consolar,
para poder endulzar
tu situacion dolorida.
(*Se oye un golpe prolongado de clarin y lejano.*)

ROSA. (*Con angustia.*)
Esto solo me faltaba!
Tal vez habrán anunciado...

SALCED. Es un parte que ha llegado,
y que yo ansioso esperaba.

ROSA. La pronta reaparicion
del contrario, presumia
que fuese.

SALCED. No; todavia
no hay motivos de afliccion.
Adios, prenda idolatrada.

ROSA. Me calma vuestra presencia.
Venis pronto?

SALCED. Sí; mi ausencia
no será muy prolongada.

ESCENA III.

ROSA, *luego* RAMEGON.

ROSA. (*Sentándose con abatimiento.*)
Cómo salvarle, señor,
de su desdicha cruenta,
si es mi padre el que alimenta
tan fatídico rencor?
(*Aparece Ramegon por la puerta del foro y vá acercándose poco á poco á Rosa sin ser visto de ella.*)
Si pudiera un sacrificio
librarle de su agonia!...
toda mi sangre daria
por salvarle del suplicio.
Al fin le hallarán... No, no.
Pero acaso su imprudencia
le prive de la existencia?...
(*Llorando.*)

Quién puede salvarle?

RAMEG. (*Con solemnidad.*)
Yo!

(*Rosa se levanta asustada.*)

ROSA. Oh Dios! Me aterra su acento.
Decid... me habeis escuchado?...

RAMEG. Lo poco que habeis hablado
en este corto momento.
Pero no esteis azorada
con funestas presunciones,
porque vuestras espresiones
no me han revelado nada.
Y fuera ocioso intentar
el proponerme escucharos...
No necesito espiaros
para poderme vengar.

ROSA. (Sin duda alguna traicion...)
Qué precedentes teneis
para?...

RAMEG. Nada pregunteis.

ROSA. Conozco vuestra intencion.
venis con perfidia estrema
á sondear...

RAMEG. Por mi vida,
juro que...

ROSA. Estoy prevenida,
conozco la estratajema!
Cambiad de proceder,
pues vuestra constancia es poca,
que á veces es una roca
el pecho de una mujer.
Deponed esa emocion
finjida, y hasta insultante,
que miro en vuestro semblante,
la imagen de la traicion.

RAMEG. Qué mal!... qué mal me tratais!
Respeto vuestro dominio;
mas en vuestro vaticinio,
mucho, mucho os engañais.
Perdono la diatriva;
decid si me habeis de amar,
y ved que os puede pesar
la resulta negativa!
y ved que estoy ya cansado
de proponeros la paz;

y que de todo es capaz
un corazon despechado.

ROSA. Cómo! y osais confesallo?...

RAMEG. La verdad vituperais?

ROSA. Mientras mas me suplicais,
mas aborrecible os hallo.

RAMEG. No estrañeis que me encarnice,
con funesto desacierto:
la herida que me hais abierto
no hay ya quien la cicatrice.
Sí; me ilumina el infierno
con su siniestro poder,
y me predispone á ser
una furia del averno.
Indecible es mi furor...
nada en la tierra respeto,
y ansio encontrar un objeto
donde saciar mi rencor.
Su suerte está decidida,
y tan funesta ha de ser
que gozo con el placer
de veros arrepentida
de haberme así despreciado:
que comprendais no es probable
en el abismo insondable
que me habeis precipitado.

ESCENA IV.

Dichos. SALCEDO. CAPITAN. SOLDADOS.

SALCED. (*Que sale precipitado con un papel en la mano.*)
No os detengais, capitan;
(*Le dá el papel.*)
ved, su filiacion es esta,
y hasta dar con el infame
que mi afan con ansia espera,
ninguno descanse un punto.
Me escriben desde Tudela,
que pasó el Ebro de incógnito,
que en este pueblo se alberga...
pues le vieron transitar
anoche en esta pradera.

ROSA. (Cielos! Hablan de Fernando.)
SALCED. Partid, y al pié de la letra
cumplid mis órdenes pronto;
y buscadle con cautela...
registrad todo el lugar,
y tráedle á mi presencia.
(*Váse el capitan y los soldados.*)
Qué placer para mi alma,
Dios del cielo, si le encuentran!
(*Ramegon coge la mano de Salcedo con aspecto satisfactorio.*)
RAMEG. Os honra esa indignacion
que vuestro enojo demuestra;
recibid mi parabien,
pues la ventura es completa.
SALCED. Qué me decis?
ROSA. (*Con ansia.*)
Esplicaos.
RAMEG. El enemigo se encuentra
en vuestro poder.
ROSA. Dios mio!
SALCED. Ramegon, hablais de veras?...
RAMEG. No lo dudeis.
SALCED. (*Afanoso.*)
Quiero verle.
Dónde se oculta? Que venga.
RAMEG. Descuidad; yo os le traeré.
SALCED. Sí, pronto, que me impacienta
la tardanza.
RAMEG. Os obedezco.
SALCED. Me devora la impaciencia.

ESCENA V.

ROSA. SALCEDO.

ROSA. (*Con el mayor desconsuelo se postra de rodillas.*)
Si quereis humano ser
y os ayuda el corazon,
apiadaos de la afliccion
de esta infelice mujer.
(*Salcedo la levanta.*)
SALCED. Rosa, de tu llanto infiero,

que estás por él condolida.

ROSA. Sí, sí, reclamo la vida
de ese infeliz prisionero.

SALCED. Merece tu compasion?

ROSA. No ha de merecer mi llanto,
si ocupa el lugar mas santo
en mi amante corazon?

SALCED. Adoras á ese tirano?
Pudo tu alma fementida
dar amorosa acogida
al verdugo de tu hermano?
(*Aparece Ramegon con Fernando. Rosa cae abatida y dando un grito. Salcedo mira á Fernando y á su hija con estravio; y Ramegon desde un estremo del teatro contempla á todos con risa sardónica; momento de silencio.*)

ESCENA VI.

Dichos FERNANDO. RAMEGON.

SALCED. Quiero hablar al prisionero
á solas.

ROSA. Dios le proteja!

SALCED. Dejadme solo con él.

ROSA. (*Dando un papel á Salcedo.*)
Tomad por lo que convenga
esta carta de mi hermano;
mirad lo que dice en ella,
y cumplid con el precepto
de quien del mundo se aleja.
(*Váse mirando á Fernando con aire sentimental, en tanto que Salcedo repasa la carta.*)

RAMEG. (*Yéndose.*)
Busquemos una emboscada
donde escuchar la contienda.

ESCENA VII.

SALCEDO. FERNANDO.

SALCED. Le perdona, y solicita
que yo tambien le perdone.
Esto ¡cielos! me propone
cuando su presencia escita
mi venganza? No; se opone
mi cariño á su demanda...
porque le tengo delante...
porque el deber me lo manda...
y no he de ser tolerante...
con su conducta nefanda.

FERNAN. Sobrado tiempo esperé;
estoy en vuestra presencia.
Si á vuestras leyes falté,
dictadme ya la sentencia,
tranquilo la escucharé.

SALCED. Vuestra peticion admito
sin la menor repugnancia,
pues con desprecio infinito
al mas odioso delito
unis tambien la arrogancia.

FERNAN. Delito decis? No tal.
Y reportaos, guerrillero,
en vuestro enojo fatal,
que obré como caballero:
nunca he sido criminal.
Implorar vuestra clemencia
fuera un acto denigrante
para el que tiene conciencia,
que la voz de la inocencia
tiene que ser arrogante.

SALCED. Qué decis en vuestro abono?

FERNAN. Que lidiaba contra el rey;
lidiaba contra su trono,
y cumplí con una ley,
que ha dictado vuestro encono.
Es mi culpa que inhumanos
seais, iracundos y fieros,

antes que nobles guerreros?
que os trateis... en vez de hermanos,
como tigres carniceros?...
Meditad, por vida mia
ese papel con reposo,
y vereis... que antes que odioso,
obré como convenia
á un militar generoso.
Sabed que mi escasa gente
el combate le rehusó;
mas él osado, insistente,
la lucha me provocó
y tuve que hacerle frente.
Mas su esperanza ilusoria
castigo dió á su querella
con su derrota notoria;
pues tal vez mi buena estrella
me concedió la victoria.
Sin conocer al guerrero
le cerco sin dilacion,
corro en su alcance lijero...
y se me abrió el corazon
al hacerle prisionero.
Sin meditar donde estaba,
le apreté al punto la mano
que él sañudo me negaba,
porque conocí al hermano
de la mujer que adoraba.
Con indecible insistencia
yo le propuse la fuga;
pero su honrada conciencia
á sufrir la consecuencia
de la prision se subyuga.
Fuí su paladin mas fuerte,
y hasta escribi al mismo rey,
convencido de su suerte,
por barrenar esa ley
y librarle de la muerte.
Oid su resolucion.
« No puedo ser perdonado,
ni puede haber escepcion
delante de la faccion... »
y al punto fué sentenciado.
Al fin mis virtudes viendo,
la confesion generosa

escribió que estais leyendo,
y sucumbió conociendo
mi proteccion amistosa.
Qué mas os tengo que hablar
si franco os abrí mi pecho?...
Si nada os pude probar,
estais en vuestro derecho
para poderos vengar.
Satisfaced vuestro enojo,
convertidme de la guerra
en miserable despojo
cual lo dicte vuestro antojo,
que el suplicio no me aterra.
Que el hombre de pundonor
y estraño al remordimiento,
no tiene á la muerte horror,
y en el trono del Señor
ocupa el mejor asiento.
(*Indecision violenta de Salcedo.*)

SALCED. El alma no se sosiega
presa de la indecision
que me domina y me ciega.
Lo que aprueba la razon,
el corazon me lo niega.
(*Dominándose.*)
Valor... valor! Escuchad,
santo Dios! qué voy á hacer?
Oh! triste fatalidad
es tener que obedecer
su postrera voluntad.
Estoy sin querer temblando,
y á la pasion me subyugo:
yo quiero estarle mirando,
quiero estarle contemplando
como á su fiero verdugo.

FERNAN. Ya me acerqué para oiros
lo que me tengais que hablar.
Cuando gusteis comenzar...

SALCED. (*Despues de un momento de silenciosa indecision, dice con energía.*)
Os llamo para deciros
que no os puedo perdonar.
Que mi estrella fementida
os ha dado el corazon
de mi prenda mas querida,

y tengo doble ocasion
para quitaros la vida.
Que aquel que en su desvarío
contra mi causa lidiaba
y me arrebataba impio
la prenda que mas amaba,
no puede ser hijo mio.
A vuestra union aspirada
puedo yo acceder ufano,
si dais á la desposada
una diestra salpicada
con la sangre de su hermano?

FERNAN. Si mi conducta sincera
nunca os pudo convencer,
es que el cariño os altera,
y mirais mi proceder
de muy distinta manera.
Vana es toda discusion,
pues que la balanza inclina
su funesta variacion
á influjos de una pasion
que os enfurece y domina.

ESCENA VIII.

Dichos. ANDRES. ROSA. PETRONILA.

ANDRES. El cielo os guarde.
ROSA. (*A su padre.*)
Señor,
padre!
SALCED. (Nuevas emociones,
pero tendremos valor.)
ROSA. Escuchad las reflexiones
de este nuevo intercesor.
SALCED. Rosa, ya lo he decretado,
y tiene al fin que morir.
ROSA. Aun no le habeis perdonado?
SALCED. Nadie puede disuadir
un corazon lacerado.
ANDRES. Noble Salcedo, escuchad

este benéfico acento
que me inspira la bondad :
no desoigais un momento
la voz de la humanidad.
De entrar en el paraiso
perderá toda esperanza,
aquel que en la tierra quiso
ser obediente y sumiso
al grito de la venganza.
No puede en la tierra ser
grande, generoso y bueno
quien se halló con el poder
de alimentar en su seno
tan fementido placer.
Sí, recobrad la razon
que anda furiosa y perdida
en la presente ocasion:
y dadle buena acogida
á mi santa insinuacion.
El hombre que se enfurece,
la voz del perdon no escucha;
mas al fin se compadece,
se avergüenza de su lucha,
y perdona y se engrandece.

SALCED. Existe una ley potente
que no puedo quebrantar.

ANDRES. Un corazon indulgente
todo lo puede alcanzar
en favor del inocente.

ROSA. El sentimiento exaspera
vuestro furor iracundo:
sí, padre, quién lo creyera?
Olvidais de esa manera
el ruego de un moribundo?

SALCED. Le perdonó, sí, es verdad;
pero su buen corazon...

ANDRES. Habló con sinceridad.
Temed la reconvencion
del que está en la eternidad!
Su perdon está probado
bajo cualquiera concepto.

ROSA. (*Mostrando un retrato á su padre.*)
Ved, contemplad el traslado
del hijo que os ha dictado
tan soberano precepto.

SALCED. (*Asiendo el retrato con ansia.*)
Su imágen! ven, hijo mio!
(*Se sienta y lo contempla con emocion.*)
Qué nobleza en su semblante!
mas lamento su desvío;
su traslado no es bastante
á calmar mi desvarío.
Qué angustia! qué triste anhelo!
Para siempre le perdi!...
(*Llora.*)
(*Andrés coge de la mano á Fernando, y le pone delante de Salcedo.*)
No hay para el padre consuelo.

ANDRES. (*Señalando á Fernando.*)
Le habeis perdonado?

SALCED. (*Despues de un corto silencio.*)
Sí.

ROSA. (*Arrojándose con Fernando á los pies de Salcedo.*)
Tu labio bendiga el cielo!

SALCED. (*A Fernando.*)
Sí, ya os podeis ausentar.

ROSA. Fernando!

FERNAN. Querida Rosa!
(*A Salcedo.*)
No me quiero levantar
sin que me dejeis besar
vuestra mano generosa.

SALCED. Todos en el campamento
ignoran vuestra prision?

ROSA. Todos, menos Ramegon.

ANDRES. Venid, venid al momento;
salgamos con precaucion.

ROSA. Mucho recela mi afan;
su esposicion es muy grande
si el traidor...

SALCED. Nada sabrán,
y ese bravo capitan
hará lo que yo le mande.

ANDRES. Salgamos sin dilacion,
que es apremiante la urgencia.

FERNAN. No dudeis de mi obediencia.
(*Vanse Fernando y Andrés por la puerta de la derecha.*)

ROSA. Dios le dé la proteccion
que merece su inocencia.

ESCENA IX.

ROSA. SALCEDO. PETRONILA.

ROSA. Ya está libre, Petronila.
Sí, mi padre le ha salvado,
que bajo su férrea cota
late un corazon humano.
PETRON. Pues modera tus pesares,
si está ya libre Fernando.
SALCED. (*Contemplando el retrato.*)
Hijo del alma, en mi pecho,
aquí te llevo gravado,
sin que pueda un solo instante
separarte; mas exacto
te miro que estás aquí.
ROSA. Dadme á besar vuestra mano.
(*Le besa la mano y le habla con cariño.*)
Qué bueno sois, padre mio!
Los que os miran en el campo
al frente del enemigo
y por la patria lidiando,
nunca podrán concebir
este benéfico rasgo
de proteccion que ejerceis
en favor de un desgraciado.
SALCED. No me renueves la herida
cruel que me está matando:
agradece el beneficio,
mas omite mencionarlo.
En dónde está Ramegon?
Porque juzgo necesario
que le prevenga el silencio
respecto á lo que ha pasado.
ROSA. Difícil será que acceda...
El capitan es muy malo.
PETRON. Rosita, no desconfies,
que los hombres mas villanos
suelen á veces tener
caridad.
ROSA. Mal has pensado.

Yo conozco al capitan,
y por eso no descanso
hasta ver...
(*Ruido dentro.*)

SALCED. Ese rumor...
de qué procede? Sepamos.

ROSA. (*Quiere dirigirse á la puerta.*)
Ah!

ESCENA X.

Dichos. FERNANDO. ANDRES. RAMEGON. CAPITAN. SUBLEVADOS. PUEBLO.

(*Rosa dá un grito, y se precipita en brazos de Petronila.*)

SALCED. (La desgracia le persigue.)

RAMEG. Conforme á vuestro mandato,
presentan mis compañeros
el hombre que andais buscando
con tan decidido afan.

SALCED. Ramegon!

RAMEG. Señor?

SALCED. (*En voz baja.*)
Sois malo.

RAMEG. (*Bajo.*)
Por qué me decís...?

SALCED. Comprendo:
le habeis estado acechando,
y le convertís en víctima
de vuestro furor.

ANDRES. (*En voz alta.*)
Aguardo
del sensible corazon
de los que están presenciando
esta lamentable escena,
se apiaden de un desgraciado
que patrocina mi afecto.

RAMEG. No puede prestar su amparo
una hueste resentida,
y que cumple lo mandado
por un tribunal de guerra.

ROSA. No sigais, hombre inhumano;
callad ese odioso acento
que me está despedazando.
SALCED. Escuchadme, caballeros:
con el corazon os hablo.
El sentimiento profundo
de un hijo sacrificado
por una hueste enemiga,
y las leyes que acatamos,
me impelieron á buscar
en mi escesivo arrebato
al hombre que en la apariencia
me privó de un hijo amado.
Pero despues convencido
de su inocencia, declaro
que le quise libertar
del suplicio destinado
á todo gefe enemigo
que en la campaña apresamos.
Mi furia se desvanece,
y á mi obligacion faltando
quebranté la ley tan rígida,
y que aun no se ha revocado.
Si esta ingénua confesion
que solemnemente os hago
vindica mi proceder
sensible y humanitario,
espero que resolvais
lo que os parezca mas sano,
relativo al infelice
hoy presa de vuestro agravio.
Ninguno mas ofendido
que yo en el presente caso,
y sin embargo le absuelvo.
ROSA. Bendiga el cielo tu labio.
SALCED. Qué se decide?
RAMEG. Que muera!
ROSA. Traidor!
RAMEG. (*A Salcedo.*)
La verdad, estraño
ese generoso empeño
que teneis en libertarlo,
pues nadie puede aprobar
el proceder arbitrario
de que abusais, cuando existe

vigente el real mandato
de esa ley de represalias
que ninguno ha quebrantado.

SALCED. Mi peticion solo anhela
nada mas que á un corto plazo,
hasta ver lo que resuelve
el general mientras tanto.
No ignoro que á mi deber
con esta prórroga falto;
mas tampoco me deshonro
al dar el presente paso.—
(*A Ramegon.*)
Despues, á solas los dos,
hablaremos mas despacio;
que reconvencion tan pública
y vuestro afan temerario,
merece una esplicacion
y ansioso de vos la aguardo.—
(*A los demas.*)
El voto de un hombre solo.
le miro bastante aislado,
para obrar cual corresponde
á un hecho leal y franco.
Qué me respondeis?

SUBLEV. Que muera!

ROSA. Callad, callad!

ANDRES. Inhumanos!—
Os complace la venganza?

SALCED. (Mi ruego al fin será vano,
pues pido la intercesion
á unos hombres sobornados.)

ROSA. Una prórroga, señores:
compadeceos de mi llanto,
y respetad su inocencia.

FERNAN. Basta, Rosa; ya me canso
de ese acento suplicante
que no me evita el cadalso.
La muerte no me intimida:
venid, llegad y saciaos
en la víctima inocente
que desprecia á los malvados
que gozan en ver su triunfo
aleve y ensangrentado.

SALCED. (*A Fernando.*)
Vos quisísteis libertar

de un suplicio sanguinario
al hijo que tanto amaba,
y os esforzásteis en vano.
Vuestro generoso anhelo
y el mio se han igualado;
mas tambien quiso el destino
en su fin asemejarlos.
Contra mi no tengais queja,
os lo ruego don Fernando:
que no os condena Salcedo,
sino el destino contrario
que os persigue.

FERNAN. Bien lo veo.

SALCED. Entonces, dadme la mano;
(*Se dan las manos.*)
y morid cual corresponde
á un corazon esforzado.

ROSA. (*Queriendo detenerle.*)
Padre; padre! ah!
(*Cae en brazos de Petronila.*)

FERNAN. No llores;
ten el valor necesario
para verme sucumbir
fiel, valeroso y cristiano.

PETRON. Pobre Rosa!

RAMEG. Caballeros,
cumplid lo que está mandado.
Elija su confesor.

FERNAN. Padre Andrés...

ANDRES. Destino infausto!

FERNAN. Venid, dareis á mi alma
el dulce y tranquilo bálsamo,
que resigna al inocente
en un trance tan amargo.

ANDRES. Pobre jóven!

FERNAN. Rosa!... Adios!...

ROSA. (*Cae en el sillon.*)
No puedo mas.

ANDRES. Desgraciado!

ESCENA XI.

RAMEGON. ROSA. PETRONILA.

RAMEG. Sufre, tirana mujer;
tu seno se despedace
al mirarle en mi poder.
Cielos, cuánto me complace
su incesante padecer!
De tu soñada ventura
solo te dejo el martirio
que la muerte te asegura.
Liba, ingrata, en tu delirio
el cáliz de la amargura,
(*Rosa vuelve en sí y mira á todos lados con estravio.*)
que te doy sin compasion.
(*Rosa se dirige á la puerta, ve á Ramegon y cae accidentada dando un grito.*)
PETRON. Qué quereis?
RAMEG. Dar á su seno,
con funesta indignacion,
el ponzoñoso veneno
que vierte mi corazon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un cuerpo de guardia. De frente se verá una tapia de poca elevacion, á fin de que dé vista al campo. Puerta en el foro que conduce al campo, y una á la izquierda, y á la derecha una ventana. Mesa tosca con recado de escribir y una silla. Aparecen el capitan y los oficiales jugando á la banca.

ESCENA PRIMERA.

CAPITAN. OFICIALES.

OFI. 1.º Capitan, voy en derrota.
CAPIT. Entonces no jugueis mas.
OFI. 2.º Diez escudos lleva el as.
(*Los pone.*)
OFI. 1.º Veinte escudos á la sota,
(*Los pone.*)
y veremos quien acierta
OFI. 2.º No es bueno jugar tan fuerte
cuando se niega la suerte.
CAPIT. Señores, el as en puerta.
OFI. 1.º Maldita mi suerte sea.

siempre lo entiendo al revés;
ni sé qué diablos...

CAPIT. Entres.

OFI. 1.º Prosigamos la pelea.
—Admito la jugarreta,
treinta escudos.
(*Los pone.*)

CAPIT. Una, dos,
tres; el rey; la sota en pos.

OFI. 1.º Ya ha salido la coqueta.

CAPIT. (*Pagando.*)
Qué frases tan espresivas
la dirigís!

OFI. 1.º Convenido;
mas, capitan, he perdido
diez cartas consecutivas.
Lo mismo pierdo si tallo;
jamás he tenido acierto.

CAPIT. (*Barajando.*)
Caballeros, les advierto,
que esta vez no tiro gallo.

OFI. 2.º Y en ello me dais gran gusto.

OFI. 1.º Y por qué? Saber quisiera...

OFI. 2.º Porque de esa manera
se sale pronto del susto.

CAPIT. El rey; la sota á su lado.

OFI. 1.º No me deja la villana.
(*Suena por diferentes lados el toque de diana con tambores y cornetas.*)

CAPIT. (*Se levanta.*)
Nos sorprendió la diana,
y la banca ha terminado.

OFI. 2.º Corta mi ganancia ha sido.

OFI. 1.º Camarada, no os quejeis.

OFI. 2.º Y á vos, cómo os fué?..

OFI. 1.º Ya veis,
yo como siempre he perdido.

ESCENA II.

Dichos. CANTINERA.

CANTIN. Dios os guarde, caballeros.
CAPIT. Adios, cantinera hermosa.
CANTIN. Mil gracias.
OFI. 1.º Eres muy bella.
CANTIN. Agradezco la lisonja.
CAPIT. Consecuente con nosotros.
OFI. 2.º Oh! jamás nos abandona.
CANTIN. Por la cuenta que me tiene,
aunque marchárais á Roma.
Además, tengo un marido
mosquetero en esta tropa,
y por razon natural
ha de seguirle la esposa.
CAPIT. Es tu marido?
CANTIN. Cabales.
CAPIT. Hablas de veras, ó en broma?
CANTIN. Mi anisado es escelente.
Decid si os echo una copa.
(*Disponiéndose á despachar.*)
OFI. 1.º Y es celoso tu marido?...
CANTIN. Y el saberlo, qué os importa?
OFI. 1.º Lindísima cantinera,
mi pregunta no es ociosa.
CANTIN. Sabe quién soy mi marido.
CAPIT. Eso ninguno lo ignora;
mas la virtud en campaña
y en contacto con la tropa,
no puede andar muy tranquila;
que á todos se les antoja
la fruta que está vedada...
y hay manos tan peligrosas...
CANTIN. Yo tambien la tengo firme,
y me sacudo la mosca;
pues, cuando intenta picarme...
Mas vayan pidiendo copas,
que tengo que recorrer

en menos de media hora
todos los cuerpos de guardia...
Y si al diablo se le antoja
que empiecen los enemigos
á lanzar balas y bombas,
lo puedo escapar muy mal.

CAPIT. Despacha si eres tan pronta.

CANTIN. Así me gusta.
(*Despacha.*)

OFI. 1.º Y á mí
tambien despues me das otra.

CANTIN. Irá corriendo la rueda.
(*Bebe el capitan y siguen bebiendo los demás.*)

OFI. 2.º (*Mirando al canasto.*)
Y aquí, qué llevas?

CANTIN. Son tortas
de harina, manteca y miel;
dulces, y muy sustanciosas.

OFI. 2.º Las probaremos.
(*Coje una y se la come.*)

CANTIN. Corriente...
no deseaba otra cosa.

OFI. 2.º Con efecto, saben bien.

CANTIN. Con licor son mas sabrosas.
Le quereis?

OFI. 2.º Sí que le quiero.

CANTIN. Esto alimenta y conforta.

CAPIT. Caballeros, he ganado:
por cuya razon me toca
pagar esto, y la comida
de todos hoy. Quien se oponga
me agraviará.

OFI. 1.º Bien.

OFI. 2.º Conforme.

CAPIT. (*Dando dinero á la cantinera.*)
Toma, chica; lo que sobra
se lo das al mosquetero...
supongo, si te acomoda.

CANTIN. Nuestro bolsillo es comun.
Caballeros, hasta otra
ocasion.

OFI. 1.º Que Dios te ayude.

OFI. 2.º Que me quieras, buena moza.
(*Vase gradualmente dejándose de oir el toque de diana.*)

ESCENA III.

CAPITAN. OFICIALES.

CAPIT. Qué linda es la cantinera!
OFI. 1.º Es una chica preciosa.
OFI. 2.º Conoceis á su marido?
No sabeis cómo le nombran?
OFI. 1.º Jamás le ví.
OFI. 2.º Yo tampoco.
(*Vá amaneciendo.*)
CAPIT. Puesto que el alba se asoma,
apagaremos la luz.
(*Lo hace.*)
OFI. 1.º Bien haces; ya está de sobra.
CAPIT. Mucho tarda Ramegon.
OFI. 1.º Su actividad es notoria,
y acaso esté recorriendo
la plaza.
CAPIT. Pues á estas horas
prometió comparecer,
y decirnos una cosa
que á todos nos convenia.
Oigamos lo que proponga.
VOZ. (*Dentro.*)
Quién vive?
RAMEG. (*Dentro.*)
España.
VOZ. Qué gente?
RAMEG. (*Dentro.*)
Gefe de guardia española.
CAPIT. Esa es su voz.
(*Se asoma á la puerta.*)
Con efecto.
OFI. 1.º Exactitud asombrosa.
OFI. 2.º Ya viene.
RAMEG. (*Entrando.*)
Felices dias,
caballeros.

ESCENA IV.

Dichos. RAMEGON.

CAPIT. En buen hora
llegueis.
RAMEG. Cerrad esa puerta.
OFI. 1.º (*Cerrando.*)
(La consulta es sigilosa.)
RAMEG. No hay nadie que nos escuche?
TODOS. Nadie.
RAMEG. Bueno; pues importa
el secreto en este asunto.
Señores, nuestra derrota,
mas que probable, es segura;
preciso es que se conozca
que nadie nos favorece,
que el Austria nos abandona,
que el pueblo español se cansa
de una guerra que le azota,
y resuelto se decide
ya por la raza borbónica.
El cabecilla Salcedo,
aunque de esto nada ignora,
sigue impasible y tranquilo
y empeñando á cada hora
un combate donde diezma
sin piedad todas sus tropas.
Presumo que de cohecho
está...
CAPIT. Con quién?
RAMEG. Con Vandoma;
y que ha venido á esta villa
con la intencion ponzoñosa
de que termine la lucha
dándole una gran victoria,
y entregando á los leales
á esa gente que ambiciona
con ansia nuestro esterminio.
Y esto tanto me trastorna...
tanto me indigna, señores,

que resolví sin demora
trasmitiros mis sospechas,
para buscar una pronta
reparacion, al peligro
que tan de cerca se asoma.
Su estraña benignidad
de ayer mismo, corrobora
lo que os digo. Los afectos
d padre olvida, y perdona
á su mayor adversario,
porque armonicen sus obras
con el siniestro proyecto
que medita. Quien blasona
de lealtad, no puede nunca
á su condicion traidora
manifestarse impasible,
sin llevar la bochornosa
mancha de mal español:
y así nuestra propia honra
nos autoriza á evitar
el peligro á toda costa.
Si encuentro cooperacion
en vosotros, la victoria
será nuestra de seguro.

CAPIT. Qué intentais?

RAMEG. Yo? Que deponga
hoy su mando el cabecilla.
Manifestar sin demora
al general este paso;
diciendo lo que ocasiona
la arbitraria decision
á que apelamos.

OFI. 1.º Me asombra
de Salcedo la conducta
poco noble, y alevosa.

OFI. 2.º Conque nos quiere vender?

CAPIT. De mi espada y mi persona
disponed cuando querais.

RAMEG. No esperaba yo otra cosa
de un pecho tan esforzado
como el vuestro.

OFI. 1.º Siempre pronta
mi mano estará á serviros.

OFI. 2.º Mi promesa es oficiosa
despues de lo que aseguran

mis camaradas en gloria
y sufrimientos.
(*Se dan las manos.*)

RAMEG. Señores,
ya el alma se desahoga
al desprenderse de un peso
que le fatiga y le agovia;
que el recelo natural
de que os pareciesen otras
mis intenciones, me tuvo
siempre en horrible zozobra.
Pero ya que de comun
caminamos, lo que importa
es el teson, la firmeza,
y que todos se dispongan
á trasmitir en las filas
la conducta perniciosa
del cabecilla traidor
que procura su derrota.
Lo jurais?

TODOS. Si, lo juramos.

RAMEG. Perezca quien obre en contra.
(*Dan golpes á la puerta.*)

CAPIT. Quién vá?

RAMEG. Yo abriré, silencio.
(*Mira por la cerradura.*)
Es Salcedo con su escolta.
(*Abre.*)

ESCENA V.

Dichos. SALCEDO. ESCOLTA.

SALCED. Dios os guarde.

TODOS. Y él á vos.

SALCED. Ignorais tal vez que es hora
de que cada cual vigile
su puesto?

RAMEG. Por lo que toca
al capitan Ramegon,
con la actividad que es propia
de su carácter, estuvo

la noche entera...

SALCED. Me consta
vuestra eterna vigilancia ;
mas sé que algunas personas
no cumplen con su deber,
lo cual mucho me incomoda.
El enemigo está al frente,
y acaso el combate rompa
muy en breve; por lo tanto
toda vigilancia es poca
en tan críticos momentos.
(*A Ramegon.*)
Deseo quedarme á solas
con vos.

RAMEG. Aquí me tenéis.

SALCED. Que tambien salga mi escolta.

ESCENA VI.

SALCEDO. RAMEGON.

SALCED. (*Abre el cajon de la mesa, y coloca en él dos pistolas en tanto que Ramegon despide á los oficiales.*)
Sé que ninguno dispensa
la prolija condicion
de que abusa el corazon
para guardar una ofensa.
Mas mi conciencia supone
que un hombre al deber atento
dice su resentimiento
aunque despues le perdone.
Esta ingénua indicacion
os dirá que os he llamado...

RAMEG. Para escuchar resignado
una justa reprension.

SALCED. Capitan, no os engañais...
presuncion muy acertada.
No sabeis lo que me agrada
que vuestro error conozcais.
Mi pensamiento adivina
que ayer, y poco indulgente,
hablásteis públicamente

con intencion muy dañina.
Con astuta villanía
y con sobrado artificio
habeis llevado al suplicio
á quien no lo merecia.

RAMEG. Lo dictaba la razon,
y el mismo Felipe Quinto.

SALCED. Y lo dictaba el instinto
de vuestro mal corazon.
Porque mi Rosa sentia
distinto amor en su pecho,
abusásteis de un derecho
con funesta tiranía.
Y de justo blasonando
con hipócrita apariencia,
quereis salvar la conciencia
de vuestro crímen nefando.

RAMEG. Vuestro enojo moderad.

SALCED. No, que arrancar quiero ahora
esa máscara traidora
que encubre vuestra maldad.
Y harto me muestro indulgente
al pedir satisfaccion
de una pública agresion
con vos, y privadamente:
que accion que reprendo aqui
mereció, por descarada,
fuese al punto reparada
do mismo la recibí;
pero pude persuadirme...

RAMEG. De qué? de qué?

SALCED. Vive Dios!
De que valgo mas que vos,
y es preciso distinguirme.

RAMEG. Solo la inmensa distancia
que en graduacion nos desune,
me obliga á dejar impune
tan insultante arrogancia.

SALCED. Yo concedo, no os asombre,
libertad á ese heroismo,
para ver si sois lo mismo
cuerpo á cuerpo y hombre á hombre.
Conque si teneis valor
en la actual disidencia,
mirad en vuestra presencia

nada mas que al ofensor.
Mi graduacion se deshizo
en esta accion transitoria.
Dudareis de la victoria
cuando á todo os autorizo?

RAMEG. Mi situacion es fatal
para que intente arriesgarme...
—Nunca podré vindicarme,
sin hacerme criminal.

SALCED. No, decid que os pone freno
en esta vindicacion,
el cobarde corazon
que alimenta vuestro seno.

ESCENA VII.

Dichos. ROSA.

ROSA. Padre!

SALCED. Rosa...

ROSA. (*Viendo á Ramegon.*)
Cielos!
No puedo ver á este infame
sin conmoverme.

RAMEG. Lo sé.
Mas procuraré ausentarme
para evitar los dicterios...

ROSA. Que mereceis...

RAMEG. (*Con resignacion forzosa.*)
Dios os guarde.

ESCENA VIII.

SALCEDO. ROSA.

ROSA. Él os castigue, inhumano!
y permita que la sangre
tan preciosa de la víctima,
con usura la repares.

Y la tuya...

SALCED. Cesa, cesa...

ROSA. Quiera Dios que se derrame
en un suplicio horroroso
cual mereces.

SALCED. No te exaltes,
hija del alma; modera
los vengativos arranques
que te inspira el sentimiento,
y te hostiliza y abate.

ROSA. No me conozco, señor;
al paso que los instantes
transcurren, miro á Fernando
próximo al último trance.
Mi cabeza se estravia...
intranquila, delirante,
busca en la mente recursos
para poder libertarle...
Mas todo en vano, señor:
ninguno quiere escucharme,
ninguno me da su amparo...
ni el cielo...

SALCED. Calla!

ROSA. No, padre...
Es imposible callar,
es imposible que calle...
es imposible callando
que la justicia me ampare.
(*Cae llorando en los brazos de Salcedo.*)

SALCED. Sufre... sufre, corazon.
Destino infausto... ven... sáciate:
martiriza sin piedad
este pecho invulnerable
en el campo del honor,
y al traves de los combates
de la lucha fratricida,
y tan pobre y miserable
al acento del dolor.
No puedo mas!

ROSA. Padre, padre!
Quién le socorre?

SALCED. No sé.

ROSA. El archiduque.

SALCED. Ya es tarde.

ROSA. Yo me arrojaré á sus plantas.

SALCED. El monarca está distante
de este pueblo, no hay recursos;
es imposible salvarle.
ROSA. Imposible? No señor;
yo no quiero que le maten.
Hay un remedio eficaz
si vos quereis ayudarme.
La fuga, sí.
SALCED. (*Con decision.*) No es posible.
ROSA. Conque nada hay favorable
para Fernando? Pues bien...
me encuentro bastante grande
para salir á su encuentro.
SALCED. Cómo!
ROSA. Sí, cuando le saquen
de la prision y le lleven
luego al funesto paraje
de la ejecucion, yo entonces
podré á su cuello lanzarme,
y ningun esfuerzo humano
habrá que de allí me arranque;
y si mandan los perversos
que sin compasion disparen,
con él moriré abrazada.
SALCED. Tú quieres asesinarme.
Quieres que infeliz sucumba
tu pobre y honrado padre
á impulsos de ese delirio
fatal que tu mente invade?
No prolongues mi agonia
ni el cruel martirio dilates
de este anciano que te adora,
y en tí contempla la imagen
de aquel generoso apoyo
que pronto ha de consolarme,
en mi cansada vejez
achacosa y miserable.
(*Se oyen tres campanadas. Rosa dá un grito.*)
ROSA. Esa campana me anuncia
que se aproxima el instante.
Y yo he de verle morir?
SALCED. Rosa! Rosa!
ROSA. (*Reflexiva.*)
No, no es tarde:
yo sabré... ya estoy resuelta.

ESCENA IX.

Dichos, PETRONILA.

PETRON. Ah! por fin pude encontrarte.
ROSA. Sígueme.
PETRON. Dónde me llevas?
ROSA. Ven, Petronila, acompáñame.
SALCED. Qué intentas?...
ROSA. Ya lo sabreis.
SALCED. Quiero que digas...
ROSA. (*Partiendo.*)
Dejadme.
SALCED. Síguela al punto!
PETRON. Jesus
la favorezca y ampare.

ESCENA X.

SALCEDO, *luego* RAMEGON.

SALCED. Cuáles serán sus proyectos?
Oh! su demencia es probable...
Que un término tan siniestro
asi el destino me guarde?
RAMEG. Me dais permiso?
SALCED. (*Sin mirarle.*)
Qué ocurre?
RAMEG. Os opondreis á que pase
un gefe parlamentario
que solicita acercarse
á vos?
SALCED. Ansioso le espero,
y á todos los oficiales
de mi hueste, porque escuchen
lo que á la plaza le trae.
RAMEG. Obedecido sereis
pronto, pues los oficiales,

vuestro acuerdo presumiendo,
fuera esperan.

SALCED. Pues que pasen
todos.
(*Váse Ramegon.*)
Qué querrá decirme?
Comprendo; vendra á intimarme
la rendicion de la plaza
por conciliatorias bases;
á lo cual no accederé...
pues órdenes terminantes
tengo de hacer la defensa,
aunque mueran á millares
los soldados que á mi voz
lucharán en el combate.

ESCENA XI.

SALCEDO. RAMEGON. PARLAMENTARIO. CAPITAN. OFICIALES.

RAMEG. El parlamentario llega.
(*Ramegon quita el pañuelo que venda los ojos al parlamentario.*)

SALCED. Es Santello!

PARLAM. Dios os guarde.

RAMEG. (*A los oficiales.*)
Se ha conmovido Salcedo.

CAPIT. Mucho conviene observarle.

SALCED. Trasmitid vuestra mision.

PARLAM. Es preciso que yo os hable
sin testigos.

RAMEG. (*A los oficiales.*)
Camaradas,
id observando.

SALCED. Si os place,
pediré el consentimiento
á mis dignos oficiales,
que yo nada les reservo
en situacion semejante.

PARLAM. Sois muy dueño.

SALCED. Caballeros,
ya escuchásteis el mensaje;
si hay confianza en el gefe

que os habla, debe alejarse
la plana mayor.

RAMEG. Concedo,
aun cuando observo no obstante
que es demasiado exijir...

SALCED. Hay leyes que persuaden
lo contrario? Ramegon,
no me obligueis á que mande
lo que pido por respetos
á mis dignos oficiales!

RAMEG. Nos ausentamos, señor.
(*A los oficiales.*)
No le perderé un instante
de vista.

CAPIT. (*A Ramegon.*)
Nos tiende un lazo.

RAMEG. (Pienso que podré vengarme.)

ESCENA XII,

ALCEDO. PARLAMENTARIO.

PARLAM. Observé tu emocion, la he conocido;
vana fué tu intencion al reprimirte,
de la dulce amistad viendo el modelo.

SALCED. Revela tu mision; dí lo que exijes,
ya que el hado fatal en esta lucha
recordar esos lazos no permite.

PARLM. Desconozco tu acento, buen Salcedo;
no pensé, vive Dios, mirarte firme
con la hostil vanidad que te presentas
en presencia de aquel que solo pide
una dulce espansion de aquellos tiempos
que vieron nuestra union indivisible.
Eres tú aquel antiguo camarada
que en ocasiones mil me defendiste
esponiendo al peligro tu existencia?

SALCED. Qué importa que asi fuera? Contradice
mi conducta pasada á la que observo?
La guerra y la opinion hoy nos dividen.
Busca el amigo en diferente trance
y le hallarás, pardiez, sin que se olvide

del sagrado deber que impuso el cielo
á un amigo leal; hoy se resiste
mi posicion á dar ese tributo
que el honor militar así lo exije,
y no he de ser traidor á mis banderas
por mas que la amistad de ello se indigne.

PARLAM. Notable rigidez!

SALCED. Justa la creo.

PARLAM. Con gravedad estraña me recibes.

SALCED. Bajo qué condicion te has presentado?
Dónde has visto la ley que me autorice
recibir al contrario en un asedio
con benévola faz?... En vano insistes.
Propon tu comision, no la retardes.

PARLAM. Puesto que la amistad nada consigue,
oye la voz del gefe que te asedia.
(*Se sientan.*)
Si antes que muera el sol, la plaza rindes...
tu fortuna...

SALCED. (*De pié é indignado.*)
Silencio, caballero!
Hay un hombre menguado que imagine
que Salcedo conquista su fortuna
por medios tan bastardos y tan viles?
Sepa el buen general que me hostiliza,
que mi pecho leal nunca transije
con la infamia, el baldon que le propone;
que mi fé militar hoy se decide
á defender la plaza á sangre y fuego
al frente de mis bravos adalides.
Que el proyectil mortífero nos lance...
que hay soldados de pechos varoniles
que ante el fatal asedio no se arredran,
ni imploran la piedad de los que oprimen
el sagrado recinto que defienden,
con la fé sacrosanta que le imprime
el honor de una patria mancillada
por la estraña fraccion que la divide.

PARLAM. La respuesta daré que me indicáste
con fiel exactitud; y harto me aflije
tener que abandonar este recinto
sin llevar un recuerdo que disipe
la dureza del hombre por quien diera
la vida que sustento.

SALCED. No es posible

acceder ahora al amistoso anhelo.

PARLAM. Eso respondes?

SALCED. Sí.

PARLAM. Quién lo prohibe?
Ceda al menos la mano generosa
á una grata espresion que concilíe
esa tregua fatal, que martiriza
el pecho de un amigo. Mas sensible
en la ruda palestra quiero verte.
Esta es mi mano: ven... no contraries
el vínculo amistoso que nos une
desde la infancia... llega, ven, oprime
tu diestra generosa con la mia;
pues mañana tal vez el dios terrible
de la guerra me arranque la existencia,
y sin este consuelo acaso espire...

SALCED. (*Indeciso.*)
Oh, dura condicion!

PARLAM. Por qué vacilas?
Cede á mi voz amiga: no te obstines
en negar á Santello...

SALCED. (*Alargándole la mano.*)
Toma... y parte.

PARLAM. Rebelde á tu deber por fin no fuiste.
(*Abrese de pronto la puerta del foro y aparecen Ramegon, capitan y oficiales. Salcedo y Santello se separan con prontitud.*)

ESCENA XIII.

Dichos. RAMEGON. CAPITAN *y* OFICIALES.

RAMEG. Por qué os apartais, señores?
Por qué os habeis dividido?
Harto habemos comprendido
que hablamos á dos traidores!

SALCED. (*Sacando la espada y dirigiéndose á Ramegon.*)
Villano!
(*Ramegon desenvaina á la vez que el capitan y los oficiales que hacen frente á Salcedo.*)

RAMEG. Atrás.

PARLAM. (Suerte impía!)

SALCED. Esto mas! Hados fatales!
En mis dignos oficiales
tan infame rebeldía!

RAMEG. Porque tienen pundonor,
y no pueden en la esencia
prestar sumisa obediencia
á ningun jefe traidor.

SALCED. (*Reprimiéndose.*)
Con el lenguaje infernal
que os inspira el desenfreno,
sabeis que en mi honrado seno
estais clavando un puñal;
que vuestra mala intencion
no desconoce esta vez
el gran fondo de honradez
que existe en mi corazon.

RAMEG. Caballero, es necesario
que vuestro error conozcais,
y que en vano os esforzais
en sostener lo contrario.

SALCED. Dudareis de mi inocencia,
señores?

RAMEG. Estais demente?
No se paga vuestra gente
de una hipócrita apariencia.
La traicion está probada;
por lo tanto...

SALCED. Qué quereis?

RAMEG. Que al momento me entregueis
vuestro mando y vuestra espada.

SALCED. La espada!

RAMEG. Sin dilacion.

SALCED. Nunca! Jamás! Me resisto!
No he de acceder, vive Cristo,
á tan inicuo baldon!
No me faltarán parciales
que castiguen vuestro dolo:
yo sabré ponerme solo
al frente de mis leales.
(*Se oyen dentro voces de* «Muera Salcedo!» *Desaliento repentino de Salcedo.*)

RAMEG. Escuchásteis?

SALCED. Oh vileza!

RAMEG. Si no os parece imprudente,
id y arengad á la gente

que pide vuestra cabeza.
Desconocereis ahora,
Salcedo, que estais perdido?

SALCED. Conozco que estoy vendido
por vuestra mano traidora.

PARLAM. Si mi ingénua confesion
puede en su apoyo servir...

RAMEG. No podemos consentir
que vindiqueis su traicion.

PARLAM. Si os hablo, sé que consigo...

RAMEG. Salid y participad
que rompa la hostilidad
cuando quiera el enemigo.
Mi pronta resolucion
de este modo he decidido,
que juzgo que hais venido,
no á intimar la rendicion...
sino á confirmar los planes
hace tiempo combinados
en mengua de los soldados,
que con bélicos afanes
y acalorada vehemencia
desprecian los sinsabores,
y á pesar de los traidores
conquistan su independencia.

PARLAM. (*A Salcedo.*)
Con nuevo dolor me ausento
al ver que al revés comprenden...

RAMEG. (*Al capitan.*)
Seor capitan, que le venden
y que salga en el momento.
(*Al parlamentario.*)
Y vos podeis ausentaros.

PARLAM. De las tropas sitiadoras
no pasarán muchas horas
sin que escucheis los disparos.
(*Le vendan y se lo llevan.*)

ESCENA XIV.

SALCEDO. RAMEGON. OFICIALES.

RAMEG. (*A Salcedo.*)
Conque entregadme la espada,
que es vana toda insistencia.
SALCED. Sé bien que la resistencia
no me servirá de nada.
Comprendo la situacion
en que me habeis colocado,
y adivino el resultado
fatal de mi obstinacion.
Mas juro, por vida mia,
que entregarla no me pesa;
que no ha de quedar ilesa
vuestra cruel villanía.
(*A la espada.*)
Arma que empuña el honor,
quién pudiera suponer
que te llegáras á ver
en las manos de un traidor?
(*Arroja la espada á los pies de Ramegon, que es recogida al punto por un oficial.*)
RAMEG. Con dicterio tan infame
os digo que no me nombre.
SALCED. Caballero, no os asombre
que por vuestro nombre os llame.
(*Se oyen siete campanadas.*)

ESCENA XV.

Dichos. EL CAPITAN.

CAPIT. Señor, de decirme acaban
que el pueblo está preparado
á levantarse y pedir
el perdon de don Fernando.

Doña Rosa es la motora
de este lance inesperado,
pues consiguiendo con lágrimas
escitar al populacho...
á las siete diz que acuden
innumerables paisanos
á libertar del suplicio
al rebelde sentenciado.

RAMEG. No será mientras yo tenga
buenos y fieles soldados
que castiguen la osadía
de ese altivo populacho.
(*Gritos de perdon.*)

CAPIT. Escuchais?

RAMEG. (*Mira por la ventana.*)
Aqui se acercan.

SALCED. Venga mi espada. Yo basto
para ordenar esa turba
y confundir al malvado.

RAMEG. Custodiad al prisionero,
capitan,
(*A un oficial.*)
y vos... Yo parto
á sofocar el tumulto.

CAPIT. Podeis marchar confiado;
de aquí no saldrá Salcedo.
(*Váse Ramegon, y Salcedo se asoma á la ventana y se dirige al pueblo.*)

ESCENA XVI.

SALCEDO. CAPITAN. OFICIAL 1.º

SALCED. Valor, no cejeis, muchachos...
Castigad la villanía
del traidor.

CAPIT. Qué estais hablando?
Separaos de la ventana.

SALCED. Mi espada, yo la reclamo...
Dejadme salir.

CAPIT. (*Desenvainando.*)
Atrás!
(*El capitan y el oficial cierran la puerta y se ponen de custodia.*)
SALCED. Con qué me abriré yo paso?
Apartad, viven los cielos,
ó á impulso de mi arrebato...
CAPIT. Qué vais á hacer?
SALCED. No lo sé;
miro que todo es en vano.
(*Se oye un tambor ronco y lejano batiendo marcha regular. Se aumenta el tumulto.*)
CAPIT. Bien haceis en desistir,
pues camina el sentenciado
hácia el suplicio, y es tarde
para poder libertarlo.
SALCED. (Ahora recuerdo... Dios mio!
Mi objeto está ya logrado!)
(*Mientras el capitan y el oficial miran á la calle por la ventana, se dirije á la mesa, abre el cajon y saca con disimulo las dos pistolas que guardó antes.*)
CAPIT. La gritería se aumenta;
mas todo será escusado,
si es activa nuestra gente
(*A Salcedo.*)
Qué es lo que buscais?
SALCED. (*Apuntándolos.*)
Miradlo.
CAPIT. }
OFICIAL. } *Aterrorizados.*
Cielos!
SALCED. Tierra! digo yo.
Ahora soy dueño del campo.
Paso á retaguardia! Pronto,
de esa puerta separaos
y abrid aquella de enfrente.
CAPIT. (*Retrocediendo.*)
Mas reparad...
SALCED. Que disparo
si no obedeceis, infames,
y el corazon os abraso!
(*Llegan el capitan y el oficial á la puerta de la izquierda.*)
CAPIT. Ya estamos en ella.
SALCED. Bien.

Abridla!

CAPIT. Tiene un candado.

SALCED. Pero la llave está puesta;
desde aquí la estoy mirando.
Abrid!

CAPIT. (*Abriendo.*)
Os obedecemos.

SALCED. No camineis tan despacio.

CAPIT. Ya está abierta... disponed...

SALCED. Dispongo, que de las manos
solteis las espadas.

CAPIT. (*Sueltan las espadas.*)
Bueno.

SALCED. Y ahora por último mando
que entreis en ese recinto.
(*Entran. Deja de oirse la caja.*)
Qué, os parais? Marchad... Lejanos
quiero veros... Mas allá.
Conviene que esteis guardados.
(*Suelta las pistolas y cierra con llave la puerta: despues coje una espada.*)

ESCENA XVII.

SALCEDO.

Dios del cielo, protejedme:
yo vuestro auxilio reclamo
ya que el pueblo en mi favor
mi inocencia ha proclamado.
Haced que mi gente toda
reconozca lo insensato
que ha sido su proceder,
y torne sumiso y grato
mi ejército hácia el sendero
que mi lealtad le ha enseñado.
Volemos.
(*Va á salir, y se oyen varios disparos de fusil.*)
Dios de bondad!
Me anuncian esos disparos
que acaba de sucumbir
el infeliz don Fernando.
Pero se aumenta el tumulto:

esos gritos reiterados...
La lucha se empreude, sí...
Qué me detengo? Corramos.
Pero, qué miro?
(Sale Ramegon precipitado, seguido de varios soldados que despues le acorralan en un estremo del teatro.)

RAMEG. Socorro!

ESCENA XVIII.

SALCEDO. RAMEGON. GEFE. SOLDADOS.

GEFE. Aquí pagas tu pecado.
SALCED. Qué es esto?
GEFE. Mi capitan,
soy un leal veterano,
á quien jamás sedujeron
las dádivas ni el amaño
de ese traidor fementido.
Sus intentos recelando,
finjí acceder á su empresa,
para poder mientras tanto
impedir que corrompiera
al inesperto soldado.
Yo fuí portador de un pliego
que el general en su campo
dictó apresuradamente
la represalia anulando.
Llego al pueblo para veros
y ponerle en vuestras manos;
mas se interpone este infame,
que con el mayor descaro
me entera de sus proyectos.
Yo la venganza aplazando,
finjo admitir su propuesta
y al punto le tiendo el lazo.
El pueblo me favorece,
acuartelo á los soldados,
y á la señal convenida
la vil traicion desbarato.
SALCED. Buen militar; sois mi amigo;
llegad y dadme un abrazo.

GEFE. (*A Ramegon.*)
Y el pliego que os dí?
RAMEG. (*Lo saca y lo arroja.*)
Tomadle.
GEFE. (*Recoje el pliego y se lo entrega á Salcedo.*)
Yo le pongo en vuestras manos.
SALCED. (*Despues de haber leido.*)
Conque ya no hay represalias?
GEFE. Ahi vereis que han terminado
por convenio de ambas huestes.
SALCED. Gracias, cielo soberano!
menos odiosa es la guerra.
Pero Rosa... don Fernando!

ESCENA XIX.

Dichos. ROSA. FERNANDO. ANDRES. PETRONILA. PUEBLO.

ROSA. Padre!
FERNAN. Señor!
(*Se abrazan.*)
GEFE. Para verle no hay paciencia.
Quitad de nuestra presencia
á ese villano traidor.
(*Los soldados se llevan á Ramegon.*)
RAMEG. (*Yéndose.*)
De rabia el pecho se inunda,
y perdida la esperanza
de mi soñada venganza...
caiga el cielo y me confunda!

ESCENA XX.

Dichos, menos RAMEGON. SOLDADOS.

ANDRES. Ya por fin la Providencia
escuchó mi humilde ruego,
pues que salva desde luego
de un suplicio á la inocencia.
Ya mirais el galardon

que ha dado á vuestros dolores,
pues de tantos sinsabores
teneis la compensacion.

SALCED. Yo la bendigo á mi vez
con voz ferviente y sentida,
pues no deja desmentida
mi acrisolada honradez.
Mas quiero en esta ocasion
de albricias y de contento,
que ninguno quede exento
de un generoso perdon.
(*Abre la puerta de la izquierda y sale el capitan y el oficial* 1.º)

ESCENA ULTIMA.

Dichos. CAPITAN. OFICIAL 1.º

SALCED. El mundo será testigo...
(*Se oye un cañonazo. Murmullos y señales de asombro.*)

GEFE. Escuchais?

SALCED. (*Espada en mano.*)
Terminó el plazo.
Es el primer cañonazo
que nos lanza el enemigo.
(*Al capitan y oficial* 1.º)
Qué me direis en defensa
de proceder tan villano?
Con las armas en la mano
se laba tamaña ofensa.
Por un vil alucinados
me juzgásteis enemigo...
yo os impongo este castigo...
(*Les da sus espadas.*)
id á morir como honrados.
(*Tiros, clarines y tambores tocando paso de ataque.*)
Quién modera la impaciencia
de un guerrero corazon
cuando pide la nacion
su perdida independencia?
Nunca es inútil, señores,
si la patria lo reclama,

la sangre que se derrama,
lidiando contra opresores.
Sea la lucha decisiva,
y todos bajo mi mando,
subid al muro gritando:
¡¡Viva el archiduque!!

TODOS. Viva!!!

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 2 de Octubre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

« El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos. » *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

« Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa. » *Idem art* 11

« Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion. » *Idem art.* 12.

« En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno; el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. » *Idem art.* 13.

« El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad. » *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

« Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas. » *Idem art.* 60.

« Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos. » *Idem art.* 78.

« Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria. » *Idem art.* 81.

« Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria. » *Idem art.* 82.

« Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas. » *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

« El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa. » *Idem. art.* 23.